

EL PRIMO ROMÁN

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Principal de Zaragoza  
el 12 de noviembre de 1901.

## REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CRISTETA.....	SRTA. ARÉVALO.
DOÑA SALOMÉ .....	SRA. LORENTE.
DOÑA AMALIA.....	» GUILLÉN.
FAUSTINA.....	» RÍOS.
MARTINA.....	» FÉRRIZ.
PETRONA.....	SRTA. MENDIZÁBAL.
ROMÁN .....	SR. RIVELLES.
MAGÍN.....	» FUENTES.
ROMUALDO.....	» ALTARRIBA.
LUCIANO .....	» LA RIVA.
JOSÉ LUIS.....	» GUERRERO.
EL GATEJO.....	» LLIRI.

En un pueblo de Castilla.

## EL PRIMO ROMÁN

### ACTO PRIMERO

Jardín en una casa de campo. A la derecha del actor, la fachada de la casa; en la planta baja, puerta y ventanas con rejas; delante de la puerta, un emparrado; en la parte superior, mirador corrido con barandilla de madera y cristales. A la izquierda, la fachada de una casa baja y pequeña con puerta y ventana; por la chimenea de esta última casa sale humo. Árboles y plantas, todo rústicamente dispuesto; sillas y un velador de jardín. Al foro, la tapia de ladrillo, muy baja, y una puerta de madera en el centro.

#### ESCENA I

D. ROMUALDO y FAUSTINA salen de la casa de la izquierda.

ROMUALDO

¿Voy bien?

FAUSTINA

¡Digo! Si pareces mismamente un personaje. Toma el pañuelo...; mira qué bien huele, ¿eh?...

ROMUALDO

(*Mirándose las manos.*) ¡Qué lástima no tener unos guantes!... Las pobres no pueden ocultar que a ellas debo todo lo que soy. ¿Y el chico?... ¿No se ha levantado todavía?

FAUSTINA

No. ¡Pobrecico! Tiene sueño atrasado. ¿Tú sabes lo que él habrá cavilado para los desámenes? ¡Mira tú que para *aprender* todo lo que dicen aquellos libros!... De veras que estoy temblando no nos vayan a costar el hijo los malditos estudios.

ROMUALDO

No tengas cuidado; así será un hombre, un caballero. ¡Quién sabe!... Puede que le veamos diputado, como el sobrino de la señora, el que voy a recibir ahora mismo.

FAUSTINA

¿Pero tú crees que saldrá diputado? Si aquí nadie le conoce y siempre han sacado a don Higinio.

ROMUALDO

¡Toma!, porque no había otro; pero en cuanto se presente aquí don Román, figúrate, el sobrino de doña Salomé, que es la reina de media provincia; protegido por los que mandan, que no sé por qué se han puesto de malas con don Higinio y quieren quitarle el distrito a toda costa.

FAUSTINA

Pero don Higinio tiene muchas simpatías y cuenta con los Ibáñez y con el Garduña.

ROMUALDO

Pero en cambio ha tenido una cuestión con el Gatejo; ¡figúrate!... Y no hay otro como él para estas cosas y hacer diabluras.

FAUSTINA

Allá veremos... Tú no te metas en nada.

ROMUALDO

Por de contado. Ayer mismo indiqué a la señora si, por ser don Román su sobrino, deseaba que yo hiciera algo por sacarle adelante. Figúrate si yo cogiera mi caballejo y me fuera por ahí, provisto de recibitos, amenazando con embargos... ¿eh?... Con decirles que la señora quería esto o lo otro, bastaba. Pero no; terminantemente me ha dicho que no quiere mezclarse en nada ni por su sobrino ni por nadie, y que mi misión quedaba reducida a salir a esperarle hoy con el cochecillo y dispensarle toda clase de atenciones y obsequios.

FAUSTINA

Muy bien pensado. Mira tú lo que le importará a la señora un sobrino que puede que no conozca ni de vista.

ROMUALDO

¡Claro que no!; como que estaba reñida con toda la familia desde que quedó viuda; sólo que ahora, como la necesitan...

FAUSTINA

¡Claro está! Como esa relamida de doña Amalia, que se nos viene aquí con el ético de su hijo a tomar los aires, según dice; a comer y a vivir a costa de su cuñada y a meterse en todo y no dejar tranquilo a nadie...

ROMUALDO

Cierto; ¡qué señora más impertinente!...

FAUSTINA

¡Ea!, no vayas a llegar tarde.

ROMUALDO

No hay prisa; hasta las once no llega la diligencia. Tengo que hablar antes con la señora.

FAUSTINA

Pues yo voy a despertar a Luciano, que ya le tengo preparado el almuerzo.

ROMUALDO

¡Buen olorcillo..., magritas! A mí no me has dado eso.

FAUSTINA

¡Qué quieres! No quedaban más que para el chico.

ROMUALDO

¿Le ha visto ya Cristeta?

FAUSTINA

Todavía no.

ROMUALDO

Dile que esté muy fino con ella.

FAUSTINA

No le des vueltas, Romualdo; no le des vueltas, que Cristeta no está para nuestro hijo.

ROMUALDO

Déjame a mí, que yo tengo mi plan. Cristeta no sabe lo que es mundo, no ha salido nunca del pueblo, y se casará con el primero que le diga algo. Y me parece que Luciano, en cuanto sea bachiller, y tan guapo, y tan buen mozo, ¿eh? .

FAUSTINA

Pero aunque ella quiera, ¿tú crees que doña Salomé iba a consentir?... Al fin y al cabo, Cristeta pasa por sobrina suya.

ROMUALDO

No sé yo dónde pasará... Doña Salomé lo que desea es perder de vista a la chica, y se comprende; de más hizo con recogerla..., ¡una hija de su marido!

FAUSTINA

Verdad es que una santa no hubiera hecho más.

ROMUALDO

Y lo que hará todavía...; porque, aunque ves que no la quiere, ¿eh?... todo, todo piensa dejárselo cuando ella falte.

FAUSTINA

¿Todo?

ROMUALDO

¿No ves que ella se aconseja de mí? ¡Como sabe que soy honrado y leal!

FAUSTINA

¡Vaya, treinta años a su servicio! A otro hubiera yo querido ver en tu puesto. Administrador de una señora sola, tan rica, que ni ella sabe lo que tiene.

ROMUALDO

Pues bien: todo eso será de Cristeta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1980. 1625 MONTERREY, MEXICO

FAUSTINA

No sé qué te diga. Doña Salomé nunca la ha querido, para que, teniendo parientes cercanos, vaya a dejarla toda su fortuna.

ROMUALDO

Tú no conoces bien a la señora. Si tú supieras lo que ella quería a su marido, que no le dió una hora buena...

FAUSTINA

¡Ya, ya! ¡Pobre señora!

ROMUALDO

Era un delirio por él de que no tienes idea. Yo iba entonces a Madrid muchas veces, y lo veía. ¡Qué escenas de celos! ¡Qué escándalos! Se murió. Otra doña Juana la Loca. ¡Qué extremos! ¡Qué llantos!... Desde entonces vive aquí retirada, después de recoger a Cristeta, fruto descarriado de su señor marido... Poco quiere a la pobre niña; pero es preciso comprender lo que ella sufre cada vez que la mira delante. Se acuerda de su esposo, y hace todo lo posible por querer a la chica, pero no puede. Por eso me consta que es su intención pagar con su fortuna la deuda de cariño que ella cree tener con su esposo. A sus parientes nunca los ha querido, y por lo mismo que ahora le hacen la rueda... Ella no es tonta, y estima en lo que valen sus arrumacos. En suma: Cristeta será la heredera, y si Luciano no es tonto...

FAUSTINA

Sí, hazte ilusiones. Si doña Salomé la deja por heredera, procurará casarla a su gusto, no con un paleta como Luciano.

ROMUALDO

¡Paleta!... Para eso le he mandado al Instituto este año. Y además, es buen mozo y se ha criado con Cristeta, y se quieren; y la niña tampoco puede aspirar a mucho; al fin y al cabo, una hija de contrabando..., con todo su dinero... Y sobre todo, que el chico no sea tonto..., y lo demás corre de mi cuenta.

LUCIANO

*(Fuera.)* ¡Madre! ¡Madre!

FAUSTINA

Voy. ¡Ay, mi almuerzo!... ¿Por qué no entras a que te vea el chico?

ROMUALDO

Luego me verá... ¿Ves esto? Pues para la boda me haré una levita en Madrid, y tú un vestido de terciopelo.

FAUSTINA

Me parece que no. *(Sale.)*

## ESCENA II

D. ROMUALDO y D.<sup>a</sup> SALOMÉ

ROMUALDO

Señora...

SALOMÉ

Buenos días, Romualdo. ¿Has mandado enganchar?...

ROMUALDO

Sí, señora.

SALOMÉ

Buen día tenemos hoy... Voy a hacer que nos sirvan aquí el chocolate. ¡Ferminal...

ROMUALDO

Deje usted, yo avisaré (*Entra una criada.*)

CRIADA

¿Qué manda usted?

SALOMÉ

El chocolate. (*Sale la criada y vuelve poco despues con el chocolate.*) ¿Gustas?

ROMUALDO

Buen provechito.

SALOMÉ

¿Qué elegante te has puesto!

ROMUALDO

¡Phss!... La cosa no es para menos; hacer de embajador, como quien dice.

SALOMÉ

Ya veremos por dónde sale mi señor sobrino... ¡Como se parezca a mi hermano!... ¡Cabeza más destornillada!.. Te digo que maldita la gracia que me hacen estos bebenes. Estábamos aquí tan ricamente, *solitos*... En fin, ¡todo sea por Dios! Está visto que yo no puedo estar nunca

tranquila. ¿Y tu mujer? Hoy tendrá que ayudar en la cocina, porque esas muchachas se atolondran y no hacen cosa de provecho.

ROMUALDO

Como usted mande. Estará dando de almorzar al chico; voy a avisarla.

SALOMÉ

No, déjala; tiempo hay... ¿Y qué tal el señor bachiller? Parece que no le ha probado muy bien el estudio. Está más delgado.

ROMUALDO

No le hace; de todos modos está guapo, aunque me esté mal el decirlo.

SALOMÉ

Eso sí. Pero yo creo que haces mal en sacarle de su esfera.

ROMUALDO

¿Y qué quiere usted? Aquí no podía aspirar a nada. A él no le tira el trabajo como a mí. Siempre le ha gustado más estarse a la bartola que andar por esos campos, y para eso, mejor es estudiar. ¿Que no tiene uno ganas de hacer nada? Pues coge uno un libro, y aunque sea acostado, lee que te lee, algo se queda. No como aquí, trabaja que trabaja. Y luego, ¿para qué? Ya lo ve usted: para no salir nunca de pobre y de palurdo, y para que vengan de Madrid esos señores de estudios a aturdirnos con cuatro voces y a sacarnos los votos para darse ellos la gran vida a costa de nuestro sudor.

SALOMÉ

¡Vaya, vaya, Romualdo! ¿Si querrás tú echar tu cuarto a espadas en la política al cabo de tus años?

ROMUALDO

¡No, señora! A mí, en todo eso, ni me va ni me viene nada; allá ellos. Yo doy mi voto al que me parece mejor; sobre todo, más campechano, ¿eh? Que no se nos venga con humos ni altanerías. Pero, francamente..., para mi hijo deseo algo más. Y no son fantasías, señora; es que Luciano, para ser feliz, tiene que aplicarse..., porque ha puesto los ojos muy arriba; y, francamente, aunque no le miren mal y parezca que no hay distancias, no siempre se miran las cosas de la misma manera. Los chicos no piensan; pero después entra la reflexión.

SALOMÉ

Explícate. ¿Luciano tiene novia? ¿Alguna señorita, por lo que oigo?

ROMUALDO

Mire usted, señora. Usted debe saberlo, y es mi deber decírselo a usted todo. El chico está loco por Cristeta.

SALOMÉ

¡Cristeta!

ROMUALDO

Ya ve usted: ella es una señorita... Y es lo que yo le digo: «Que no puede ser, Luciano; que no puede ser. Que si ella te hace caso ahora, es porque es una niña que no ha visto el mundo y no sabe de comparaciones todavía. Os habéis criado juntos; habéis tenido los mismos cariños, los mismos juegos, y os creéis iguales;

pero ya verás cuando se haga cargo de la diferencia que hay entre los dos: ella, una señorita rica; tú, un paletón rudo, pobre, ignorante...» Ya ve usted si tengo razón. Pero vaya usted con consejos a esos muchachos cuando les entra de firme.

SALOMÉ

¡Vaya, vaya! ¿Conque todo eso pasaba cerca de mí, y yo sin enterarme?... No es extraño. Cristeta no habla apenas conmigo...; parece que me tiene miedo..., parece que mi cara sólo inspira respeto... Y me juzgan mal todos. Creen que tengo mal carácter, que no tengo corazón.

ROMUALDO

No, señora.

SALOMÉ

Sí, sí; porque estoy siempre triste, toman por mal humor mi tristeza... Hablando de otra cosa. Luciano es un buen chico, y si Cristeta le quiere, no creas que seré yo quien se oponga a su felicidad. La distancia que los separa no es tanta como supones; ella no es muy rica; ya sabes que su padre murió arruinado, y con lo poco que dejó no tuvo bastante para pagar sus deudas; y si el legado que dejó a su hija pudo cumplirse, fué..., me cuesta decirlo, gracias a mí.

ROMUALDO

No me apura a mí eso: hasta ahora todo va bien. Pero la gente ha dado en decir que usted se lo deja todo a Cristeta..., y en ese caso, ya ve usted que consentir nosotros en una boda tan desigual que pudiera hacernos parecer interesados, eso no. Por eso he creído mi deber dar a usted cuenta de lo que hay, para que usted

disponga lo más conveniente. Si no puede ser, aunque sea mandaremos al chico muy lejos... Le costará una enfermedad, ¡quién sabe!; pero antes que todo es lo que debemos a usted y a esta casa.

SALOMÉ

Lo pensaré, y veremos.

ROMUALDO

(*Aparte.*) (¡Hum..., no suelta prenda!)

### ESCENA III

DICHOS y AMALIA al mirador.

AMALIA

Muy buenos días.

SALOMÉ

¡Hola, hola! ¡Buenas horitas de levantarse!

AMALIA

No, hija; estoy en pie desde las ocho; pero hoy había que hacerse un poco de *toilette*... ¡Como esperamos nada menos que a un futuro ministro!...

SALOMÉ

Me parece que sí. ¿Quieres tomar aquí el chocolate?

AMALIA

No, gracias; ya he tomado una taza de caldo. Yo no puedo tomar todos los días una misma cosa; me canso en seguida. Allá voy.

ROMUALDO

Sí..., ella, por catar caldos...

SALOMÉ

No murmure usted... (*Entra Amalia.*) Hija, ¡qué elegante y qué guapa!

AMALIA

¿Qué te parece el peinado?

SALOMÉ

Admirable.

AMALIA

No sé cómo me ha salido bien; porque con tanta pena como tiene una, se pierde el gusto para todo. ¡Ay, Dios mío de mi alma!... Pero ¿qué se ha de hacer?... ¿Se me conocen mucho los polvos?

ROMUALDO

Vaya, señora, me voy despacito hacia el parador, no se me haga tarde.

SALOMÉ

Sí, ve.

ROMUALDO

Hasta ahora. (*Sale muy despacio.*)

### ESCENA IV

AMALIA y SALOMÉ

AMALIA

Buen cuquito está este Romualdo. Bien se conoce que ha sido hortelano de monjas.

SALOMÉ

¡Pobre hombre!



AMALIA

¡Sí, pobrecito!... Bien hace su agosto a costa tuya.

SALOMÉ

No seas mal pensada, mujer.

AMALIA

¡Bah! Si tú lo piensas lo mismo que yo, ¿a qué vienes con hipocresías?

SALOMÉ

¿Hipocresías?

AMALIA

Sí, mujer, perdona; pero yo soy muy clara. Tú misma me decías ayer que el tal Romualdo te presentaba unas cuentas que ni las famosas del Gran Capitán, y ahora te asustas porque te digo que es un cuquito; en todo eres así. Y tú no sabes lo cómica que resulta esa lucha que sostienes continuamente entre tu natural, violento como pocos, y tus ideas exageradamente religiosas.

SALOMÉ

¿Tú también me juzgas así?

AMALIA

¡Vaya! ¡Si sabré yo el genio que tú tienes!... Figúrate que mi pobre hermano, en cuanto tenais algún disgusto le faltaba tiempo para venir a contármelo. ¿Qué tiene de particular? Yo también tengo muy mal genio: una fiera, hija. Y eso que ahora, desde que perdí a mi marido, he tenido que sufrir tantas humillaciones... ¡Cuando una no tiene!... Pero, aun así, con motivo del expediente de mi viudedad, ¡he armado cada escándalo en esas ofici-

nas de mis pecados!... Un día, si no me le quitan de delante, ahogo a un oficial primero de la Secretaría particular del Ministerio de Hacienda.

SALOMÉ

¡Jesús!

AMALIA

Tú no sabes lo que he pasado. Gracias a ti, que has sido una verdadera hermana para mí, una madre para mi hijo.

SALOMÉ

¿Quién se acuerda de eso?

AMALIA

¿Y mi José Luis, dónde anda?

SALOMÉ

Con Cristeta y Magín por el campo.

AMALIA

¡Eso es! Ya le tengo dicho que no tome sol. ¡Tan delicado como está!... Ese hijo me va a quitar la vida. Tú no sabes lo malo que se me puso en Madrid. Si no me lo traigo aquí, se me muere.

SALOMÉ

Pues no lo parece. Yo creo que eres muy aprensiva y te asustaste sin motivo. El chico está bueno, de buen color; corre, juega.

AMALIA

¡Ay, no digas eso! Si no come nada... Está muy delicado, créeme. Si hubiera seguido estudiando, enferma

del pecho. No puede hacer nada el pobrecito; ya ves qué apoyo. Total: que vivimos atenedos a mi viudedad; una miseria. Esto es horrible. Así estoy yo, siempre triste, cuando antes no había genio más alegre... ¡Tú no sabes lo triste que es necesitar de nadie en el mundo! Ahora mismo puede que te estemos incomodando; pero ya ves, hija, la salud de mi José Luis es lo primero.

SALOMÉ

¡Incomodar! De ninguna manera.

AMALIA

Yo no tengo genio para necesitar de nadie. Yo, que soy tan clara, tener que aguantar en silencio mil impertinencias de todo el mundo... No lo digo por ti, ni lo piensas. Tú eres mi hermana, otra madre para mi hijo, un ángel... (*La besa.*) Ya sabes que siempre te he querido mucho y que en todas las cuestiones de tu matrimonio siempre te he dado a ti la razón. Tú no sabes lo que yo predicaba a mi hermano: «Infame..., ya podías sentar la cabeza, que tienes una mujer que no te la mereces, una santa, un corazón de oro, y la estás matando a pesares...» ¡Pobre hermano mío!... ¿Tienes un alfiler? (*Se lo da y se sujeta un lazo del vestido.*) No te aflijas... Pero ¿dónde estará ese José Luis?... Y la culpa la tiene Cristeta, ese macho, esa salvaje.

SALOMÉ

¡Pobre niña!

AMALIA

¿Lo ves? Otra prueba de tu carácter. Si por más que haces no podrás nunca querer a esa chica; ¿por qué la tienes a tu lado, sufriendo continuamente?

SALOMÉ

¿Y qué podía yo hacer? Mi esposo, al morir, me dijo con dolorido acento, que no olvidaré nunca: «Salomé, esposa mía, en este instante sólo dos cosas me atormentan y me remuerden la conciencia: lo que te he hecho sufrir y el pensar qué va a ser de una pobre hija mía abandonada.—Yo te juro que seré su madre, le respondí. ¿Dónde está? —Magín podrá darte noticias... ¡Qué buena eres!...» Y expiró, estrechándome las manos.

AMALIA

Sí, muy santo y muy bueno que recogieras a esa niña. Figúrate lo que hubiera sido de ella en manos de una tía suya... ¡Qué horror! Pero al fin y al cabo es un recuerdo vivo de las infidelidades de tu señor esposo, y tenerla a tu lado es un tormento constante para ti. Debiste llevarla a un buen colegio..., a un convento mejor, a ver si la tiraba el claustro, que sería lo más acertado para ella. Allí siquiera se hubiera educado; no que metida aquí desde pequeña, se ha hecho una salvaje, holgazana, que no sabe más que correr por andurriales, jugar con los chicos del pueblo y estar siempre pegada a esa buena pieza de Magín, oyéndole historias y romances disparatados.

SALOMÉ

Es muy niña. Ya pensaremos en educarla.

AMALIA

Lo que es mientras viváis aquí... ¿Piensas estarte toda la vida en el pueblo?

SALOMÉ

¿Volver a Madrid?... ¡Oh, no; le detesto! ¡He sufrido tanto en él!...

AMALIA

Entonces lo mejor que puedes hacer es separarte de ella y meterla en un buen colegio. De otro modo, con esa vida y esa libertad, el mejor día te da un disgusto. Es una loca... y la sangre tira siempre.

## ESCENA V

DICHAS y JOSÉ LUIS con la cara untada de moras y arañada.  
Al ver a su madre se limpia con el pañuelo.

AMALIA

Venga usted acá; saluda a la tía. Pero ¿qué es esto? ¡Jesús!... ¿Ves esto? ¿Lo ves? ¿Lo ves? ¿Cómo te has puesto puesto así? ¡Si me vas a quitar la vida!

SALOMÉ

Mujer, no es para tanto. Habrán cogido moras...

AMALIA

¿Y estos arañazos, quién te los ha hecho?

JOSÉ LUIS

Cristeta, jugando.

AMALIA

Si no fueras con ella... ¿Qué te tengo dicho?

JOSÉ LUIS

Estábamos jugando a las batallas.

AMALIA

¡Qué bonitos juegos!

JOSÉ LUIS

Ella era Isabel la Católica; yo era un moro... Magín tocaba la trompeta.

AMALIA

¡El viejo chiflado!... No tiene él la culpa, sino quien le aguanta...

SALOMÉ

Es un criado antiguo de casa de mi esposo. Sobre todo, con meter a José Luis en un fanal...

AMALIA

(*Aparte.*) ¡Si me dejara llevar de mi genio!...

SALOMÉ

¡Vaya, vaya! Voy a dar una vuelta por la casa a ver si está todo arreglado, porque si no voy a decir algún disparate... ¡Dios me perdone. (*Sale.*)

## ESCENA VI

AMALIA y JOSÉ LUIS

AMALIA

¡La muy...! ¡Ay..., si yo fuera rica!...

JOSÉ LUIS

Vámonos a Madrid. Yo no quiero estar con la tía.

AMALIA

¡Usted se estará donde le manden, y como vuelvas a jugar con Cristeta..., con ese marimacho... hija de nadie!...

JOSÉ LUIS

¿Pues no es prima mía?

AMALIA

Cállese usted. ¿Has tomado ya el chocolate?

JOSÉ LUIS

No; no tengo ganas.

## ESCENA VII

DICHOS, CRISTETA y MAGÍN

CRISTETA

¡Granada por el cristiano! ¡Granada por Isabel... (*A Magín.*) ¡Mira, mira el infiel marroquí dónde se ha metido!... Buenos días, tía; ¿ha descansado usted?

AMALIA

Sí, ven a rérte de la gracia... Vamos, hijo, tienes que tomar algo; así no puedes estar.

JOSÉ LUIS

No tengo gana.

CRISTETA

¡Claro; como que se ha comido así de albaricoques y de cerezas!

AMALIA

¿A ver la lengua? Ahora mismo a purgarte. Venga usted conmigo.

JOSÉ LUIS

Déjame.

AMALIA

(*A Cristeta, mostrándole la cara de José Luis.*) ¿Te parece bien! Holgazana... ¿No te da vergüenza, con diez y ocho años?... ¡Más te valía estar cosiendo..., zángana! (*A Magín.*) Por supuesto, usted tiene la culpa... (*Magín pasa al otro lado.*) ¿Qué hace usted?

MAGÍN

Nada. Que en tantas campañas como he tomado parte, no he podido perder menos que este oído, y me alegro; porque así, en cuanto empiezan a decirme algo que no me gusta, le aplico, y como si no me dijeran nada. Puede usted decir lo que guste, señora.

AMALIA

Si estuviera usted en mi casa, ya vería usted..., ¡carcamal, armatoste!...

MAGÍN

No oigo nada absolutamente.

AMALIA

¡Déjeme usted en paz! Ven, ¡porque si no me contengo...! (*Sale muy enfadada con José Luis.*)

## ESCENA VIII

CRISTETA y MAGÍN

MAGÍN

¡Vierta usted su sangre por la patria, para que le traten a uno de esa manera!

CRISTETA

No hagas caso. También a mí me ha llamado holgazana. ¿Y yo qué culpa tengo? No han tenido paciencia para enseñarme a nada... Además, a mí no me gusta coser. Estése usted clavada en una silla, con los ojos fijos... Prefero correr por el campo; ¿no tengo razón? Y no es que sea holgazana. Lo quisiera es servir para algo, pero algo muy grande. Mira, anoche soñé que era Isabel la Católica. ¡Estaba yo más guapa, con un vestido verde cuajadito de brillantes y perlas, y una corona más hermosa!... Verás. Tú eras Cristóbal Colón, y venías llorando a pedirme un barco. Yo te decía que los moros no me dejaban tiempo de pensar en barcos, y me iba a caballo a la guerra, con muchos soldados que decían, ¡qué cosa más rara!, decían: «¡Viva Cristeta!» ¡Qué cosas se sueñan! Después entraba en Granada... ¡Había un moro más feo, si vieras!... Me parece que le estoy viendo. Y entonces era yo quien volvía a buscarte, y, quitándome la corona, te la daba para comprar barcos, y después me quitaba el vestido y me quedaba como estoy ahora. Tú te arrodillabas llorando, y entonces yo me marchaba también contigo en un barco... y nada más. Entonces me desperté. Otras veces sueño que soy la heroína de Zaragoza... o Juana de Arco; y siempre estás tú a mi lado..., pero más joven, con tu barretina de voluntario en la guerra de África, como en el retrato... Anda, cuéntame otra vez la toma de Tetuán.

MAGÍN

No, nena mía. Me entristecen esos recuerdos; otras veces me alegran, pero hoy no; estoy muy triste. Es de esos días en que me encuentro más viejo y más inútil, y comprendo que sólo sirvo de estorbo y sólo a la caridad debo un rincón donde acabar mi vida.

CRISTETA

¡Como yo! Nadie me quiere. Somos los dos estorbos en esta casa. Por eso Dios nos ha juntado, para que no seamos del todo inútiles. Tú me quieres a mí, yo a ti: ya servimos para algo.

MAGÍN

¿No quieres que te bese? (*La besa.*)

CRISTETA

Sí... Me has pinchado con las barbas.

MAGÍN

¡Embusterilla! ¿Es que no quieres que te bese?

CRISTETA

Ni tú ni nadie; no me gusta. Tienes razón. Cuando yo era pequeña, mi tía siempre me estaba regañando, y algunas veces me pegaba por eso; tenía muy mal genio mi tía. Luego, tú fuiste por mí, me trajiste con mi tía Salomé; mi otra tía no quería dejarme.

MAGÍN

¿Y cómo te acuerdas, si hace tanto tiempo? No tendrías entonces cuatro años.

CRISTETA

Yo me acuerdo de todo. De quien no me puedo acordar, por más que hago, es de mi madre; imposible. Era yo tan pequeña... ¿Sabes lo que recuerdo? La caja, cuando la llevaron a enterrar. Yo la miraba, sin comprender lo que era aquello. Entonces una vecina, me acuerdo como si lo estuviera viendo, me pasó la mano por la ca-

beza y me dijo: «¡Pobrecita, qué sola te quedas!» Entonces, sin saber por qué, me eché a llorar, y desde aquel momento empecé a darme cuenta de todo. Cuanto me ha sucedido después, lo recuerdo todo: la casa de mi tía en Valencia; el mar..., cuando cuando tú fuiste con tu uniforme. Todo, todo... Es decir, que empecé a vivir cuando debía haberme muerto, el día que perdí a mi madre.

MAGÍN

¡Qué guapa era!

CRISTETA

¿Se parecía a mí?

MAGÍN

¿Por qué lo preguntas? ¿Por saber cómo era ella o por saber si tú eres guapa? ¡Presumida!...

CRISTETA

¿Yo?... A buena hora me lo recuerdas, que tengo que arreglarme un poco.

MAGÍN

¿No lo dije? ¡Si pasas el día mirándote al espejo!...

CRISTETA

¡Cabalmente me cuido yo del palmito! Mira cómo estoy: despeinada, untada de moras; voy a arreglarme. ¿No sabes que hoy viene un primo mío, que nadie conoce?

MAGÍN

Es verdad; no me acordaba ya: el diputado.

CRISTETA

Se llama Román; es hijo de un hermano de tía Salomé; de modo... Yo no sé... A mí me han dicho que es primo

mio. Yo me embarullo cuando empiezo a revolver parentescos: todos son tíos y primos míos. Dicen que tiene mucho talento. Ya ves, cuando viene a ser diputado... ¿Tú sabes lo que es ser diputado, Magín, tú que lo sabes todo?

MAGÍN

¡Setenta años corriendo por esos mundos!... ¡Lo que yo no haya visto! ¡Diputado!... Pues mira: diputados son unos señores que se reúnen todos los días en un salón, el Congreso, un palacio que hay en Madrid. Pues... hablan de todo: de las cosas que pasan... Cada pueblo tiene uno, ¿eh?, que lo eligen entre todos, para que los defienda y hable por ellos.

CRISTETA

¿Sí?... ¡Qué buenos deben ser esos señores! ¿Y a quién le cuentan todo eso?

MAGÍN

A los que mandan. Que hacen algo que no está bien, pues se levanta un diputado y le dice: «Usted ha hecho mal, por esto y por esto..., y no puede quedar así.» Y el otro le contesta.

CRISTETA

De modo que mi primo Román hablará allí del pueblo; dirá que aquí hay muchos pobres, que se pierden las cosechas y hay quien se muere de hambre y de frío en el invierno. ¡Qué bueno debe ser mi primo! ¿No le tienen que elegir entre todos? Vótale tú también.

MAGÍN

Eso es cosa de los Ibáñez..., del Garduña...

CRISTETA

¡Ese borrachón, que da cada paliza a su mujer!...  
¿Cómo le van a defender a ése? No lo entiendo... ¡Ea,  
voy a arreglarme!

## ESCENA IX

DICHOS y LUCIANO saliendo de su casa,  
y después FAUSTINA

LUCIANO

¡Cristeta!...

CRISTETA

¡Luciano!...

MAGÍN

¿Aún no le habías visto... hecho un letradillo?

LUCIANO

¡Cuidado si estás guapa..., pero más delgada!... Chica,  
eso no está bien; mírame a mí, a pesar de los estudios.  
¡Ay, qué estudios, chica! Vas a ver los libros... (*Por la  
ventana.*) ¡Madre! ¡Madre!... ¡Déme usted acá los libros  
para que los vea Cristeta. (*A Cristeta.*) ¡Te vas a asustar!

FAUSTINA

(*Asomándose a la ventana.*) Toma. ¡Hola, Cristeta! ¿Te  
está diciendo disparates? No le hagas caso. ¿Pues no  
acaba de decirme que el mundo está siempre dando  
vueltas y vueltas? ¡Mira tú!...

LUCIANO

¡Que es verdad, madre!

FAUSTINA

¡Anda de ahí! Aunque me lo predicaran padres des-  
calzos...

LUCIANO

¿Usted qué sabe, madre?

FAUSTINA

Sí, que hace falta saber mucho para saber que el  
mundo está quieto.

LUCIANO

¡Que no sea usted animal, madre!

FAUSTINA

¡Que me dejes en paz, que no estoy para oír desati-  
nos! (*Cierra muy enfadada.*)

LUCIANO

¡Ja, ja!... ¿Tú crees que el mundo da vueltas?

MAGÍN

¡Ya lo creo que da! ¡A mí me han echado flores y co-  
ronas las muchachas!

CRISTETA

¡Yo qué sé! Tú, que has estudiado, lo sabrás mejor.  
¿A ver, a ver los libros? Geografía... ¡Chico, qué nom-  
bres!

LUCIANO

¿Eh, qué tal?... ¡Meterse todo eso en la cabeza! Pues  
¿y el latín?

MAGÍN

¿De modo que ya entenderás de la misa la media, por lo menos?

CRISTETA

¿Y qué tal, qué tal te ha ido por allá?

LUCIANO

¡Superiormente! Acordándome mucho de ti... siempre que veía alguna chica guapa. Y ¡canastos!, si las había guapas y elegantes... Si tú fueras vestida como ellas... Vamos, todavía no me has dado un abrazo.

CRISTETA

No te lo doy, ¡ea! ¡Déjame!

LUCIANO

¡Pero chical!... *(Se oye ruido de cascabeles.)*

MAGÍN

¡Ya llega!

CRISTETA

Y yo sin arreglar. ¿Lo ves? Por ti. *(Sale corriendo.)*

LUCIANO

¡Ea! Me escurro. Aquí no pinto nada. ¿Vamos a echar un tute, Magín?

MAGÍN

Por mí... ¡vamos!

LUCIANO

Saldremos por el corral. *(Al pasar por la ventana.)*  
¡Madre! ¡Madre!...

FAUSTINA

¿Qué?

LUCIANO

¡Que me ponga usted a la lumbre el cabrito *pa* cuando vuelva! *(Salen.)*

## ESCENA X

AMALIA, al mirador; después ROMÁN, ROMUALDO,  
SALOMÉ, JOSÉ LUIS y CRISTETA

AMALIA

¡Ya viene! Vamos abajo. *(Sale de la casa. Entran Román y D. Romualdo.)*

ROMUALDO

Pase usted. Voy a avisar.

ROMÁN

¡Tía!... *(Abrazándole.)*

AMALIA

No; su tía de usted no soy yo.

ROMÁN

Usted perdone.

SALOMÉ

No importa; todos somos de la familia. Mi cuñada Amalia...



AMALIA

Mi hijo...

ROMÁN

*(A Salomé, por Cristeta.)* ¿Hija de usted?

SALOMÉ

No; yo no tengo hijos : sobrina.

ROMÁN

Por muchos años.

AMALIA

*(Aparte.)* ¡Pues, señor, está bien enterado de la familia!...

ROMÁN

*(Aparte.)* El recibimiento no peca de afectuoso.

SALOMÉ

Entremos. Necesitarás descansar.

ROMÁN

No; lavarme nada más. En seguida debo ponerme en movimiento. *(A Romualdo.)* ¡Ah! No se olvide usted de avisar al Gatejo.

ROMUALDO

Ya he enviado a un mozo.

SALOMÉ

Vamos. ¡Ah! ¿Tu padre está bien?

ROMÁN

Perfectamente. ¿Ustedes están bien todos?

SALOMÉ

Muy bien.

AMALIA

*(Aparte.)* Un poco tarde... Y es buen mozo. *(Salen todos, menos Cristeta y José Luis.)*

## ESCENA XI

CRISTETA y JOSÉ LUIS

JOSÉ LUIS

¡Están haciendo unas natillas!...

CRISTETA

¡Déjame! Tu madre no quiere que te juntes conmigo.

JOSÉ LUIS

Pues yo sí quiero. ¿Vienes a la cocina a rebañar la fuente, tú que tienes más confianza?

CRISTETA

Sí; vamos, vamos.

## ESCENA XII

DICHOS y el GATEJO

GATEJO

¡Eh, chicos! Avisad al señor don Román que está aquí don Isidro Lapuente y Casanueva, que tiene que hablarle.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1925 MONTERREY, MEXICO

JOSÉ LUIS

¿Don Isidro qué...?

CRISTETA

(*A José Luis.*) No hagas caso... Si es el Gatejo, que viene para eso de las elecciones. (*Salen. El Gatejo se sienta.*)

ROMÁN

Estoy acabándome de arreglar, en seguida bajo. Usted dispense...

GATEJO

No; pásese usted por casa, y hablaremos.

ROMÁN

¡Espere usted, hombre! Lea usted mientras esta carta que me han dado para usted. (*Tira una carta.*)

GATEJO

(*Abriéndola.*) ¡Ah! De don Francisco. (*Lee.*) Está bien; se hará lo que se pueda. Pásese usted luego por casa, ¿eh?, Romualdo sabe. No vaya usted antes de las cinco, porque duermo la siesta. Usted se conserve bueno, amigo. (*Sale.*)

ROMÁN

¡El calvario del diputado! ¡Adelante, Román; adelante! (*Entra y cierra.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.

### ESCENA I

Al levantarse el telón se oye voces y palmadas; después salen de la casa de la derecha varios paletos, y detrás ROMÁN y luego ROMUALDO.

PALETO 1.º

¡A votar!...

PALETO 2.º

¡Vamos, vamos!

TODOS

¡Viva!...

ROMÁN

Gracias, muchas gracias... (*Los acompaña hasta la puerta y después se sienta dando señales de cansancio.*) ¡Uf!...

ROMUALDO

(*Saliendo de su casa lo mismo que en el primer acto.*) ¿Cómo va ese valor?

ROMÁN

¡Calle usted, calle usted!... Ahora mismo acabo de despedir a los principales electores. Me han hecho pronunciar un discurso; estoy ronco. ¡Uf, qué calor!